



El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9100

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Gaumartin, 6, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 34.

CARTAGENEROS!!! ESPAÑA CONTRA FRANCIA. NO ASUSTARSE!

Pues apesar de los nuevos Aranceles, la LEGIA JABONOSA de D. José Ignacio Mirabet, seguirá vendiéndose en Cartagena al mismo precio que hasta hoy, sin temor á las imitaciones que se han introducido en este mercado. Para mayor seguridad, comprarla solo en los establecimientos que se citan en el anuncio permanente que va en la cuarta página de este periódico, teniendo en cuenta que la LEGIA JABONOSA es de un color algo pajizo, lo que á simple vista ya la distingue de las demás.

Único representante en todo el reino de Murcia, D. Fernando Giménez de Berenguer, Lizana 8, principal, Cartagena.

LUNES 29 DE FEBRERO DE 1892

LA SEMANA ANTERIOR.

En la semana pasada el italiano Onofroff con sus notables trabajos sobre la adivinación, ha causado un alboroto entre las gentes de pró. Y no es extraña, la cosa, no es extraña, no señor, porque saber lo que piensa cualquiera punto, es atroz, y á todos, unos y otros, causa gran admiración. ¡Cuidado que tiene gracia eso de saber si yo pienso que Juana me gusta ó que me gusta Leonor, ó que prefiero el cocido al polage ó al arroz! No viéndolo de seguro, lo daba hasta Salomón.

Con sus bromas y jaleo se presentó el carnaval, y cundió por todas partes la alegría en la ciudad. Unos cubren sus rostros para poder bromear y otros lo hacen con las caras desprovistas de antifaz. Aquellos visten el traje del monje ó del militar; estos se visten en faldas, y algunos—no faltarán—aparecerán de osos saltando á todo sar. Y basta ya de resaca. Aquí gloria y después paz.

VARIEDADES.

Decididamente vamos progresando. Ya no se sabe lo que ha de inventar uno por que todo está agotado. Aparece hoy un individuo ó individuo,

que para el caso es lo mismo, expendiendo polvos para matar las moscas, y á los pocos días hay quien ofrece los mismos polvos con sus aplicaciones para tinter el caballo.

Y es que tenemos el don de imitar en el grado más superior.

No amanece día, ó no oscurece noche, sin que veamos en los periódicos de mayor ó menor circulación un anuncio nuevo garantizando los efectos del producto anunciado.

Hoy es viejo el que quiere, joven el que lo desea, *alarga* su vida el que no quiere morir y se mata el que no quiere vivir.

Por que se dan casos. Vervi y gracia.

Arturo de P... que tenía tan mala reputación entre los hombres como partido en las mujeres, se empeñó, á más de lo empeñado que estaba, en levantarse la tapa de los sesos en una de las perillas del pasamanos de la escalera de la casa donde habita uno de sus más colosales ingleses.

Y á una hora dada, cuando su acreedor estaba dentro del hotel, Arturo de P... se dió unos cuantos coscorrones en la bandada, sin que afortunadamente realizara



sus descos. ¿Y sabéis por qué? Por que Arturo de P... iba provisto de un emplas-

to para curar toda clase de golpes y porrazos.

Antiguamente, me decía un amigo mío, que también lo fue de mi abuelo, cuando entraba uno en el tocador de una joven perteneciente á la *higalifa*, no veía más que un palanganero, una toalla de las que confeccionaban en el Penal y un par de frascos de esencias de clavillo ó de jazmines, que ambos á dos tenían el mismo aroma, pero hoy, seguía diciendo el amigo de mi abuelo del cual presento á ustedes copia exacta de su fotografía, no se puede entrar en el re-tocador de una señorita ó señorito

por que queda un atónito al ver e maremagnun decos que tienen para sus usos y menesteres.

¡Válgame Dios y cómo cambian los tiempos!



El carnaval es con nosotros.

Las madres que tienen hijas casaderas, y las niñas que tienen deseos de encontrar esposos, andan atareadas en la confección de trages para los actuales bailes de máscaras.

Irene joven bien parecida decentemente vestida y que *distingue*, está estudiando los pliegues de un caprichoso disfraz para exhibirlo en uno de los bailes del teatro circo, ó en donde encuentre billetes para dar el *golpe* y hasta para sacar novio.

La chica está que *arde* desde que se ha enterado que Onofroff adivina el pensamiento, por si acaso ese



maquiavélico hombre llega á averiguar que ella piensa en el partido en ha-noches de bailes y sobre todo la *higalifa* para ella y su mamá.

—Esto es inútil, decía ayer tarde á terminar el último tablado de su vestido, esto no tiene mamá, ya no podemos es-

—No seas tonta Irene, le decía su mamá, dándole doradillo á unos zapatos de lona, no seas tonta, todas esas cosas que dicen de ese hombre son cuentos.

—¿Que me acierte á mí el pensamiento? sí, que me lo acierte, cuando tu difunto padre no pudo acertarlo en los treinta y cuatro años que estuvimos juntos en el tá-lamo.

—Anda hija, continúa tus trabajos y Dios ante todo.

—¿Ven ustedes esta pareja de *dominones* que van vuscando á quien dar un bromazo?



Pues como éstas, veremos estos días por nuestras calles una infinidad vuscando á quien embromar y decirle cuatro cosas para ponernos en cuidado.

Pues no crean ustedes que son cualquier cosa, no.

Ella es la criada de una casa de huéspedes y la otra, digo el otro el asistente de un capitán de reserva.

Ambos á dos darán quince ó veinte vueltas á la carrera y después regresarán á casa y dirán muy satisfechos: ¡Lo que nos hemos divertidos!

D. METRIO.

COLABORACION INÉDITA.

PARENTESIS.

Diga los filósofos que el Carnaval, como la forma poética... mala está llamada á desaparecer. Considerado el Carnaval como época de disfraces y de caretas, quizás tengan razón los moralistas, que andan disfrazados de hombres serios.

Porque allá en los tiempos en que las niñas no levantaban los ojos del suelo, mirando lo que caía, y los chicos no jugaban á carembolas ni fumaban cigarrillos de á cuarenta, y las personas mayores rezaban el rosario y se acostaban con las gallinas—lo cual no dejaba de ser una inmoralidad como otra cualquiera—en aquellos tiempos, digo, el Carnaval era necesario para abrir al espíritu algo así como una válvula de seguridad por donde se escapaba, durante tres días, la hipocresía más refinada, comprimida durante el resto del año.

Pero ahora, el proyecto lo ha arreglado de otra manera. Ahora no necesitamos, gracias á Dios, antifaz ni mascarilla para decirnos cara á cara las verdades del barquero, que á veces elevamos de cuatro á cuarenta. Pues ¿para arreglillos y combinaciones de ambos sexos? No precisas el que las tenga—y Dios se las conserve—recurrir á un traje extraño, ni á una nariz postiza ni á nada de aquello á que recurrían nuestros antepasados cuando echaban, por debajo de la peluca, una canita al aire.

Ahora sabe todo el mundo que tal hombre casado tiene «que ver» con tal señora, casada también. Que tal estudiante lleva «la cuarta» en el apogeo de tal pupilar; que los chicos de la aristocracia «ponen piso» á las chicas oriundas del proletariado... y así sucesivamente. ¿Para qué, pues, hace falta ahora el Carnaval? Únicamente para olvidar penas, da un orden más bien moral que material, aunque el olvido sea transitorio, y semejante á los remedios heroicos que se emplean para alargar algunas horas la vida de los enfermos desahuciados.

Sobre este tema podría yo ahora extenderme en sendas disertaciones histórico-filosófico-sociales. Pero caigo en la cuenta de que nosotros los pensadores que tenemos que ir esta noche al baile del Circolo Mercantil, y después al de la Zarzuela y el lunes al Real, y el martes... «á donde se tercié», no podemos perder el tiempo en

UN DRAMA EN NAPOLES.

161

Domenico tenía los ojos empañados por las lágrimas. Sin embargo, leyó:

«Esta es la expresión de mi última voluntad.»

—Muy bien, interrumpió M. de Mertens, no os habeis equivocado. Es un testamento; lo escribí antes de venir aquí. Lo llevaréis á Mlle. Bañr, vuestra amiga... y también mía.

La voz del coronel temblaba un poco. Siguió diciendo:

—Vuestra amiga, y la mía... Entregareis á la misma persona este medallón y esta cadena... Niflerías, no es verdad? No olvidéis, sin embargo, que los deseos de un hombre que va á morir, son sagrados.

—Ay! coronel, decía Della Porta llorando á lágrima viva.

—Vamos amigo mío, valor, dijo M. de Metens. Vais á obligarme ahora, á que sea yo el que os consuele?

—Si... sí... coronel, decía el pobre banquero, abriendo todas las esclusas de su corazón.

Della Porta sintió que le tocaban en las espaldas: se volvió con prontitud, y vio á Fra Giacomo.

—Vaya, vaya, dijo éste, se ha visto nunca cosa semejante? Un verdugo que llora.

—Ponéos en mi lugar, replicó Della Porta. Jamás he muerto á nadie, y creéis que es muy fácil empezar!

—La emoción imprescindible de un extraño, dijo Fra Giacomo. ¡Ah! A todo llega uno á acostumbrarse. La cocinera que mata un pollo, se conmueve la primera vez; al día siguiente, retorcerá el pescuezo á todos los pollos

EL ECO DE CARTAGENA.

—Antes, caballero, tengo que preguntaros porque os hallo en medio de esta infame gente, y según parece ejerciendo funciones.... que no quiero calificar.

—Oh! coronel cómo explicaros?...

—Sería difícil.

—Sí, sería difícil, y sobre todo sería largo, y temo coronel.... sí, temo (Della Porta miro á Fra Giacomo) que no tendríamos el tiempo necesario. Cuánto daría por poderos salvar!

—Cómo? de veras... pensaríais?... Vamos no sois tan malo como aparentais.

—No lo soy ni poco ni mucho; odio la canalla en medio de la cual vivo (bien apesar mío, os lo aseguro) Me han robado mi honor, me han pedido mi dinero, me han arrojado en los brazos de una... pero una vez más, me es imposible contaros todo esto.

—Vamos entonces á lo urgente.

—Ya os escucho.

—En primer lugar, Sr. Della Porta, os devuelvo mi estimación que habíais perdido un tanto; no os lo ocultaré.

—Gracias coronel, gracias, dijo Domenico encantado de hallar una sombra de consideración.

—Ahora, coged del bolsillo interior de mi traje un papel metido en un sobre.... Ese.... muy bien.... abridlo.

Della Porta obedeció.

—Podéis leerlo, dijo M. de Mertens.

XV.

Al oír la sentencia de muerte que acababa de pronunciar el bandido, M. de Mertens se arrojó sobre sus armas poniéndose en situación de vender cara su vida. No tardó en convencerse de que toda resistencia era inútil. Antes de que pudiera amartillar sus pistolas, se vió rodeado, cogido y puesto en situación de no poder defenderse. Después fue llevado al pie de un árbol, al que lo ataron fuertemente. Había hecho una resistencia desesperada, pero que puede hacer un hombre solo contra cinco ó seis colosos, de músculos de acero y de dedos fuertes como tornillos?

Jadeante, furioso, el coronel *caía* en su resistencia; no quiso tampoco quejarse inútilmente, y tomó la actitud estóica de los indios pieles rojas, cuando se les ata al poste de guerra para escalarlos.

Esperó inmóvil el desenlace.

Fra Giacomo había concluido de comer, sin inquietud